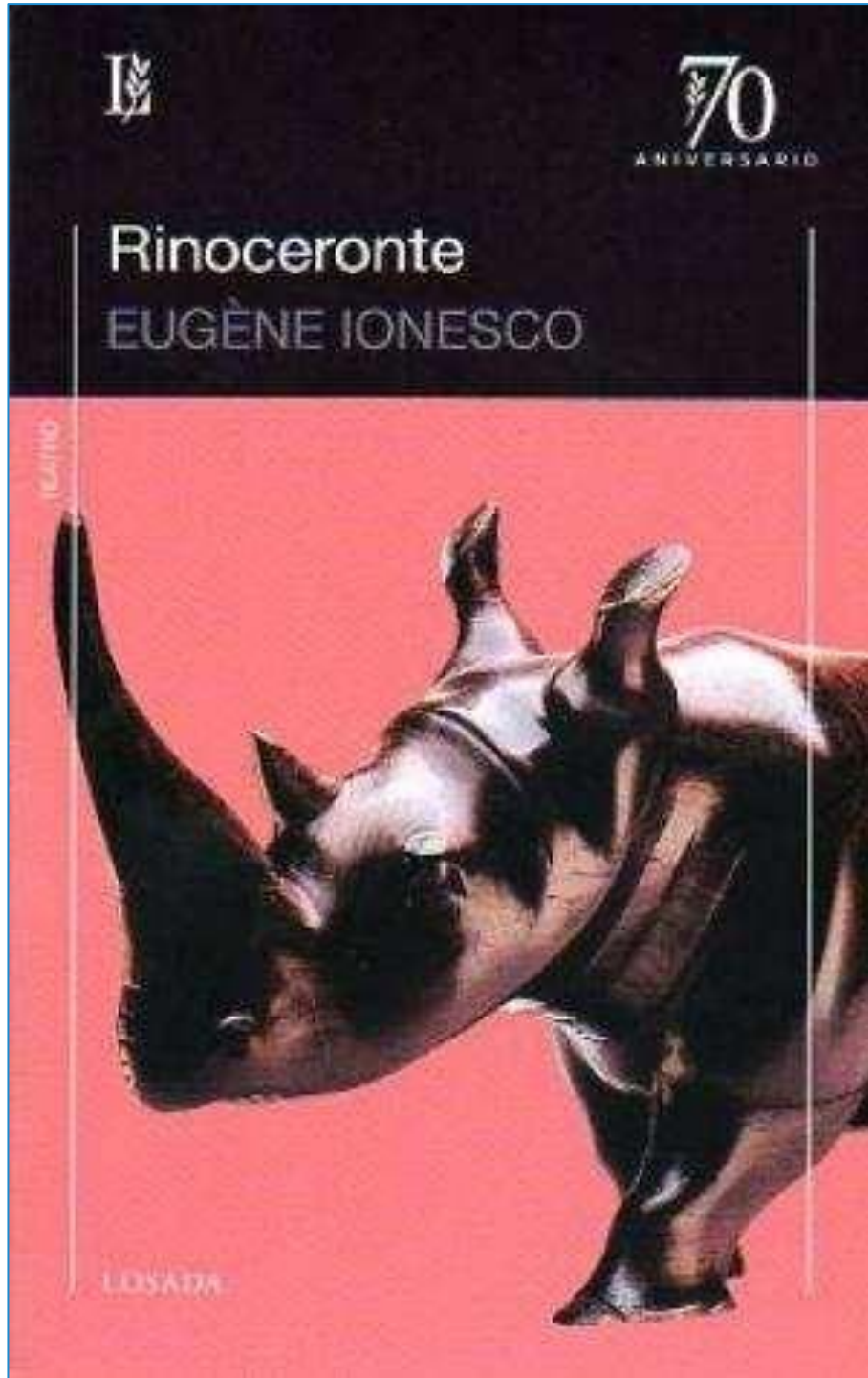


Rinoceronte

Eugène Ionesco

Pieza en tres actos
Traducción de Cristina Piña



*A Jean-Louis Barrault,
a Geneviève Serreau
y al doctor T. Fraenkel*

Personajes

Por orden de aparición

El ama de casa
La almacenera
Juan
Berenguer
La camarera
El almacenero
El señor anciano
El lógico
El dueño del café
Daisy
El señor Papillon
Dudard
Botard
La señora Boeuf
Un bombero
El señor Juan
La mujer del señor Juan
Muchas cabezas de rinoceronte

Acto I

Escenografía

Una plaza en una pequeña ciudad de provincia. Al fondo, una casa de planta baja y un piso. En la planta baja, el escaparate de un almacén. Se entra por una puerta de cristales a la que dan dos o tres escalones. Sobre el escaparate está escrito en caracteres muy visibles la palabra: "almacén". En el primer piso, dos ventanas que deben de ser las de la vivienda de los almaceneros. El almacén se encuentra entonces en el fondo del escenario, pero bastante a la izquierda, no lejos de bambalinas. Se ve, arriba del almacén, el campanario de una iglesia, en la lejanía. Entre el almacén y el costado derecho, la perspectiva de una calle pequeña. A la derecha, ligeramente al sesgo, el escaparate de un café. Sobre el café un piso con una ventana. Delante de la terraza de ese café muchas mesas y sillas avanzan hasta más o menos la mitad del escenario. Un árbol polvoriento cerca de las sillas de la terraza. Cielo azul, luz cruda, paredes muy blancas. Es domingo, no lejos de mediodía, en verano. Juan y Berenguer van a sentarse a una mesa de la terraza.

Antes de levantarse el telón se oye sonar las campanas. Las campanas cesarán algunos segundos antes de que se levante el telón. Cuando el telón se levanta, una mujer, llevando bajo el brazo una cesta de provisiones vacía y en el otro un gato, atraviesa en silencio la escena, de derecha a izquierda. A su paso, la Almacenera abre la puerta de la tienda y la mira pasar.

La almacenera: ¡Ah!, ¡esa!

(A su marido que está en la tienda). ¡Ah!, esa es una orgullosa. No quiere comprarnos a nosotros.

(La Almacenera desaparece, escenario vacío algunos segundos. Por la derecha, aparece Juan, al mismo tiempo, por la izquierda, aparece Berenguer. Juan está muy cuidadosamente vestido: traje marrón, corbata roja, falso cuello almidonado, sombrero marrón. Tiene la cara un poco colorada. Luce zapatos amarillos, bien lustrados; Berenguer no está afeitado, tiene la cabeza descubierta, los cabellos mal peinados, las ropas arrugadas; todo expresa en él negligencia; tiene un aire cansado, soñoliento; de tanto en tanto, bosteza).

Juan (viniendo de la derecha ha): De todos modos aquí estás, Berenguer.

Berenguer (viniendo de la izquierda): Buen día, Juan.

Juan: ¡Siempre atrasado, evidentemente!

(Mira su reloj pulsera). Teníamos cita a las once y media. Ya es mediodía.

Berenguer: Discúlpame. ¿Hace mucho que me esperas?

Juan: No. Estoy llegando, acabas de verlo.

(Van a sentarse a una de las mesas de la terraza del café).

Berenguer: Entonces, me siento menos culpable, porque... tú mismo...

Juan: En mi caso no es lo mismo, no me gusta esperar, no tengo tiempo que perder. Como tú no llegas jamás a horario, vengo a propósito tarde, en el momento en que supongo que tendré ocasión de encontrarte.

Berenguer: Es justo... es justo, sin embargo...

Juan: ¡No puedes afirmar que vienes a la hora convenida!

Berenguer: Evidentemente... no podría afirmarlo.

(Juan y Berenguer se sientan).

Juan: Lo ves bien.

Berenguer: ¿Qué vas a beber?

Juan: ¿Tienes sed desde la mañana?

Berenguer: Está tan cálido, tan seco.

Juan: Más se bebe, más sed se tiene, dice la ciencia popular...

Berenguer: Si estuviera menos seco; tendríamos menos sed si pudiéramos hacer venir a nuestro cielo las nubes científicas.

Juan (examinando a Berenguer): Eso no sería asunto tuyo. No es de agua de lo que tienes sed mi querido Berenguer...

Berenguer: ¿Qué quieres decir con eso, mi querido Juan?

Juan: Me comprendes muy bien. Hablo de la aridez de tu gaznate. Es una tierra insaciable.

Berenguer: Tu comparación me parece...

Juan (*interrumpiéndolo*): Estás en un triste estado, ¿???????????

Berenguer: ¿En un triste estado, te parece?

Juan: No soy cago, te caes de cansancio, has perdido la noche, bostezas, estás muerto de sueño...

Berenguer: Me duele un poco el cabello...

Juan: ¡Apesta a alcohol!

Berenguer: ¡Es cierto, tengo la boca un poco pastosa!

Juan: Todos los domingos a la mañana es lo mismo, sin contar los días de semana.

Berenguer: ¡Ah, no! En semana es menos frecuente, a causa de la oficina...

Juan: Y tu corbata, ¿dónde está? ¿La perdiste en tus frenesis?

Berenguer (*metiéndose la mano en el cuello*): Pero, es cierto, es raro, ¿qué habré podido hacer con ella?

Juan (*sacando una corbata del bolsillo de su saco*): Ten, ponte esta.

Berenguer: Oh, gracias, eres muy gentil.

(*Se pone la corbata al cuello*).

Juan (*mientras Berenguer se pone la corbata bastante descuidadamente*): ¡Estás todo despeinado!

(*Berenguer se pasa los dedos por el cabello*). ¡Aquí tienes un peine!

(*Saca un peine del otro bolsillo de su saco*).

Berenguer (*tomando el peine*): Gracias.

(*Se peina vagamente*). Juan: ¡No te afeitaste! Mira la cabeza que tienes.

(*Saca un pequeño espejo del bolsillo interior de su saco, se lo tiende a Berenguer quien se examina; merándose en el espejo saca la lengua*).

Berenguer: Tengo la lengua bien cargada.

Juan (*volviendo a tomar el espejo y poniéndolo de nuevo en su bolsillo*): ¡No es para asombrarse!...

(*También vuelve a tomar el peine que le dio a Berenguer*). La cirrosis te amenaza, amigo mío.

Berenguer (*inquieto*): ¿Te parece?...

Juan (*a Berenguer que quiere devolverle la corbata*): Quédate con la corbata, tengo de reserva.

Berenguer (*admirativo*): Sí que eres cuidadoso.

Juan (*siguiendo con su inspección de Berenguer*): Tus ropas están todas arrugadas, es

lamentable, tu camisa es de una suciedad repugnante, tus zapatos...

(Berenguer trata de ocultar sus pies bajo la mesa). Tus zapatos no están lustrados... ¡Qué desorden!... tus hombros...

Berenguer: ¿Qué tienen mis hombros?...

Juan: Date vuelta. Vamos, date vuelta. Te apoyaste contra una pared...

(Berenguer tiende blandamente su mano hacia Juan).

No, no tengo cepillo encima. Eso hincharía los bolsillos.

(Siempre blandamente, Berenguer da golpecitos sobre sus hombros para hacer salir el polvo blanco; Juan aparta la cabeza). Ay, ay, ay... ¿Dónde te agarraste eso?

Berenguer: No me acuerdo.

Juan: Es lamentable, ¡lamentable! Me da vergüenza ser amigo tuyo.

Berenguer: Eres muy severo...

Juan: ¡Y todavía lo soy poco!

Berenguer: Escucha, Juan. No tengo ninguna distracción, uno se aburre en esta ciudad, no estoy hecho para el trabajo que tengo... todos los días a la oficina, durante ocho horas, ¡sólo tres semanas de vacaciones en verano! El sábado por la noche casi siempre estoy cansado, entonces, me comprendes, para distenderme...

Juan: Mi querido, todo el mundo trabaja y yo también, yo también. Como todo el mundo, hago todos los días mis ocho horas de oficina, yo también tengo veintiún días de licencia por año y sin embargo, sin embargo aquí me ves. ¡Es cuestión de voluntad, qué diablos!...

Berenguer: ¡Oh!, la voluntad, no todo el mundo tiene la tuya. Yo no me acostumbro. No, no me acostumbro a la vida.

Juan: Todo el mundo debe acostumbrarse. ¿Serás acaso una naturaleza superior?

Berenguer: Yo no pretendo...

Juan *(interrumpiéndolo)*: Yo valgo lo mismo, e incluso, sin falsa modestia, valgo más que tú. El hombre superior es el que cumple su deber.

Berenguer: ¿Qué deber?

Juan: Su deber... su deber de empleado por ejemplo...

Berenguer: Ah, sí, su deber de empleado...

Juan: ¿Y dónde tuvieron lugar tus libaciones esta noche? ¡Si es que te acuerdas!

Berenguer: Festejamos el cumpleaños de Augusto, nuestro amigo Augusto...

Juan: ¿Nuestro amigo Augusto? A mí no me invitaron al cumpleaños de nuestro amigo Augusto...

(En ese momento se oye el ruido muy lejano, pero que se acerca muy rápidamente, del resoplido de una fiera y de su corrida precipitada, así como un largo berrido).